

de mi gusto: cómo en casa de Mr. Puerin con todos los artistas, y vamos á acordar *vuestro* monumento para el Poussino. Un jóven discípulo de gran talento, Mr. Desprez, hará el bajo-relieve, tomado de un cuadro del gran pintor, y Mr. Lemoyne hará el busto. No falta aquí mas que manos francesas.

»Para completar mi historia de Roma, ha llegado Mad. de Castries. Esta es tambien una de esas jóvenes que tuve cuando niñas sobre mis rodillas, como á Cesarina, Mad. de Barante. Esta pobre mujer está muy cambiada; sus ojos se llenaron de lágrimas cuando le recordé su infancia en Lornion. Me parece que no hay ya encanto en la viajera. ¿Qué aislamiento! ¿Y por quién? Lo que encuentro mejor es ir á buscaros lo mas pronto posible. Si mi Moisés descendiese de la montaña, le pediría uno de sus rayos, para aparecer á vuestros ojos resplandiente y rejuvenecido.»

«Sábado 15.

»Mi comida en la Academia se ha verificado perfectamente. Los jóvenes estaban satisfechos: un embajador comía *entre ellos* por la primera vez: les he anunciado el monumento al Poussino, y esto es como si honrase ya sus cenizas.»

*A la misma.*

«Jueves 18 de diciembre de 1828.

»En vez de perder mi tiempo y el vuestro en referiros los hechos y circunstancias de mi vida, prefiero enviaros los consignados en el diario de Roma. Otros doce meses caen ya sobre mi cabeza. ¿Cuándo descansaré? ¿Cuándo dejaré de perder en los grandes caminos los días que se me habian concedido para hacer de ellos mejor uso? He gastado sin reparar en tanto que he sido rico: creía el tesoro inagotable. Ahora, al ver cuánto ha disminuido, y cuán poco tiempo me queda que poner á vuestros piés, siento oprimirme el corazón. Pero, ¿no hay una larga existencia despues de la de la tierra? Pobre y humilde cristiano, tiemblo ante el juicio final de Miguel Angel: no sé á dónde iré, pero en donde quiera que no esteis vos seré bien desgraciado. Cien veces os he consagrado mis proyectos y mi porvenir. Ruinas, salud, pérdida de toda ilusión, todo me dice: «Anda, retírate y concluye.» Al fin de mi jornada no hallo mas que á vos. Habeis deseado que señalase mi paso por Roma; ya está hecho: *F. A. de Ch. á Nicolás Poussino para gloria de las artes y honor de Francia.* ¿Qué me queda ya que hacer aquí? Nada, especialmente despues de haberme suscrito por la suma de cien ducados al monumento del hombre que mas amais (decid *despues que á mi*); el Taso.

«Roma, sábado 5 de enero de 1829.

»Vuelvo á mis felicitaciones de año nuevo: ¡que el cielo os conceda salud y larga vida! No me olvideis: así lo espero, porque os acordais bien de Mr. de Montmorency y de Mad. de Stael: teneis la memoria tan buena como el corazón. Decía yo á Mad. Salvage que no conocia en el mundo nada tan bello ni mejor que vos.

»Pasé ayer una hora con el papa. Hemos hablado de todo, y de los asuntos mas elevados y graves. Es hombre muy distinguido é ilustrado, y príncipe lleno de dignidad. No faltaba á las aventuras de mi vida política sino estar en relaciones con un scherano pontífice: esto completa mi carrera.

»¿Quereis saber exactamente lo que hago? Me levanto á las cinco y media; me desayuno á las siete; á

las ocho paso á mi despacho: os escribo ó despacho algun asunto, si los hay (los detalles para los establecimientos franceses y para los pobres franceses son bastante grandes): al medio día voy á pasear por dos ó tres horas entre ruinas, ó á San Pedro, ó al Vaticano. A veces hago alguna visita obligada, antes ó despues del paseo; á las cinco me retiro; me visto para la reunion; como á las seis; á las siete voy á una tertulia con Mad. de Ch., ó recibo á algunas personas en mi casa. A eso de las once me acuesto ó vuelvo al campo, á pesar de los ladrones y de la malaria. ¿Qué hago allí? Nada: escuchar el silencio, y mirar cómo pasa mi sombra de pórtico en pórtico ó á lo largo de los acueductos, alumbrados por la luna.

»Los romanos están tan acostumbrados á mi vida *metódica*, que les sirvo para saber las horas. Ya pueden darse prisa, pues pronto habrá terminado la vuelta del cuadrante.»

*A Mad. Recamier.*

«Roma, jueves 8 de enero de 1829.

»Soy muy desgraciado: desde el tiempo mas hermoso del mundo, hemos pasado á las lluvias; de suerte que no puedo dar ya mis paseos. Ese era, no obstante, mi único momento bueno del día. Me paseaba pensando en vos por esos campos desiertos, que ligaban en mis sentimientos lo futuro y lo pasado. Porque en otros tiempos hacia yo tambien los mismos paseos. Voy una ó dos veces por semana al sitio en que se ahogó la inglesa: ¿quién se acuerda hoy de aquella pobre jóven, miss Bathurst? Sus compatriotas galopan á lo largo del rio sin pensar en ella. El Tiber, que ha visto otras muchas cosas mas, no se inquieta lo mas mínimo por esta. Por otra parte, sus olas se han renovado, y corren tan pálidas y serenas como cuando pasaron sobre aquella pobre criatura llena de esperanza, de belleza y de vida.

»Vedme aquí, remontado bien alto, sin haberlo advertido. Perdonad á una pobre liebre retenida y alojada en su guarida. Debo referiros una historietita de mi último *martes*. Habia en la embajada una muchedumbre inmensa, y yo estaba de pié, recostado de espaldas contra una mesa de mármol, saludando á las personas que entraban y salian. Una inglesa, á quien no conocia ni de vista ni de nombre, se acercó á mí, y mirándome al entrecejo, me dijo con ese acento que sabeis: — «¡Mr. de Chateaubriand, sois muy desgraciado!» Sorprendido del apóstrofe y de aquel modo de entrar en conversacion, le pregunté qué era lo que queria decir. — «Quiero decir, me respondió la inglesa, que os compadezco.» Y al decir esto se agarró del brazo de otra inglesa, se perdió entre la multitud, y no la volví á ver en el resto de la noche. Aquella extranjería no era jóven ni bonita: sin embargo, le agradezco sus palabras misteriosas.

»Vuestros periódicos continúan ocupándose de mí, con tenacidad. No sé qué mosca les pica. Debía yo crearme olvidado tanto como lo deseo.

»Escribo á Mr. Thierry por el correo. Está en Hyères bastante malo. Ni una palabra en contestacion á Mr. de la Bouillerie.»

*A Mr. Thierry.*

«Roma 18 de enero de 1829.

»He tenido gran placer en recibir la nueva edicion de vuestras *cartas*, con una palabra que prueba que habeis pensado en mí. Si esa palabra fuese de vuestra mano, esperaria en bien de mi país que vuestros ojos volverian á abrirse á los estudios de que vuestro talento seca un partido tan maravilloso. Leo, ó mas bien recorro nuevamente con avidez esa obra demasiado

corta, y voy doblando todas las hojas á fin de recordar mejor los pasajes en que me quiero apoyar. Mucho os citaré, caballero, en los trabajos que preparo hace tantos años sobre las dos primeras razas.

»Pondré á cubierto mis ideas y mis investigaciones detrás de vuestra elevada autoridad; adoptaré con frecuencia vuestra reforma de nombres, y por último, tendré la fortuna de ser casi siempre de vuestra opinion, separándome, bien á pesar mio, por cierto, del sistema propuesto por Mr. Guizot; pero yo no puedo, con este ingenioso escritor, derribar los monumentos mas auténticos, hacer de todos los francos *nobles y hombres libres*, y de todos los romanos-gaulas *esclavos de los francos*. La ley sálica y la ley ripuaria tienen una multitud de artículos fundados en la diferencia de condiciones entre los francos: *Si quis ingenuus ingenuum ripuarium extra solum vendiderit etc.*

»Ya sabeis, caballero, que os deseaba con ansia en Roma. Nos sentariamos sobre ruinas, y allí me enseñarías la historia: discípulo ya viejo, habria yo escuchado á mi jóven maestro con el solo pesar de no tener delante de mí bastantes años para aprovecharme de sus lecciones.

»Tal es la suerte del hombre; se instruye con la edad; pero, ¿de qué le sirve ser sabio, cuando tiene tan cerca el fin?

»¿Estos conceptos son de una oda inédita, compuesta por un hombre que ya no existe, por mi antiguo y buen amigo Fontanes. De suerte, caballero, que todo me anuncia, entre los escombros de Roma, lo que he perdido, el poco tiempo que me queda, y la brevedad de esas esperanzas que me parecian tan largas en otro tiempo: *spem longam.*

»Estad persuadido, caballero de que nadie os admira ni os es mas afecto que vuestro servidor,

«CHATEAUBRIAND.»

DESPACHO AL CONDE DE LA FERRONNAIS.

«Roma 12 de enero de 1829.

»Señor conde: He visto al papa el 2 de este mes, y ha tenido la bondad de retenerme en su compañía por espacio de hora y media. Voy á daros cuenta de la conversacion que he tenido con Su Santidad.

»En primer lugar se ha tratado de la Francia. El papa ha empezado á hacer los mas sinceros elogios del rey. — «En ninguna época, me ha dicho, ha presentado la familia real de Francia un cuadro tan completo de distinguidas cualidades y de virtudes. Hoy se halla restablecida la calma entre el clero, y los obispos han hecho su sumision.

— «Esta sumision, he respondido, es debida en parte á las luces y á la moderacion de vuestra santidad.

— «Yo solo he aconsejado, respondió el papa, hacer lo que me parecia razonable. Lo espiritual no se hallaba comprometido por las ordenanzas; los obispos habrian hecho quizá bien en no escribir su primera carta; pero despues de haber dicho *non possumus*, era difícil retroceder. En el momento de su adhesion han tratado de que no apareciesen sus acciones y su lenguaje sino en la menor contradiccion posible. Es necesario perdonarlos. Son hombres piadosos, muy adictos al rey y á la monarquía; pero tienen sus debilidades como todos los hombres.»

«Todo esto, señor conde, lo decia el papa en francés muy claro y muy correcto.

»Despues de haber dado gracias al padre santo por la confianza que me dispensaba, le he hablado con mucha consideracion del cardenal secretario de Estado.

— «Le he elegido, me respondió, porque ha viajado mucho; porque conoce los negocios generales de la Europa, y porque me ha parecido tener la especie de

capacidad que exige su posicion. Por lo demás, respecto á vuestras ordenanzas, no ha escrito mas que lo que yo pensaba y le ordenaba escribir.

— «¿Podria comunicar á Su Santidad, he proseguido, mi opinion sobre la situacion religiosa de la Francia?

— «Me dareis un gran gusto en ello, me ha respondido el papa.»

»Suprimo algunos cumplimientos que Su Santidad tuvo á bien dirigirme.

— «Pienso, pues, santísimo padre, que el mal proviene de un error del clero; en vez de apoyar las nuevas instituciones, ó al menos guardar silencio acerca de ellas, ha dejado escapar palabras de vituperio, por no decir mas, en sus discursos y pastorales. La impiedad, que no sabia de qué acusar á los ministros de la Iglesia, ha recogido estas palabras y hecho de ellas un arma, y gritado que el catolicismo era incompatible con el establecimiento de las libertades públicas, y que habia guerra á muerte entre la Carta y los sacerdotes. Con una conducta diferente nuestros eclesiásticos habrian obtenido de la nacion todo lo que hubieran querido. En Francia hay un gran fondo de religion y una inclinacion visible á olvidar vuestras antiguas desgracias al pié de los altares; pero tambien hay una verdadera adhesión á las instituciones dadas por el hijo de San Luis. Es imposible calcular el grado de poder á que habria llegado el clero si se hubiese mostrado á la vez amigo de la religion y de la Carta. Yo he proclamado constantemente esta política en mis escritos y en mis discursos; pero las pasiones del momento no permitian entenderlos, y me tomaban por un enemigo.»

»El papa me habia escuchado con la mayor atencion.

— «Participo de vuestras ideas, me ha dicho despues de un momento de silencio. Jesucristo no se ha pronunciado sobre la forma de los gobiernos. *Dad al César lo que es del César*, solo quiere decir: «Obedeced á las autoridades constituidas.» La religion católica ha prosperado lo mismo en medio de las repúblicas que en el seno de las monarquías; ella hace hoy inmensos progresos en los Estados-Unidos, y reina exclusivamente en las Américas españolas.»

»Estas palabras son muy notables, señor conde, en el momento mismo en que la Corte de Roma se inclina mucho á preconizar á los obispos nombrados por Bolívar.»

»El papa ha proseguido:

— «Ya veis cuán grande es la afluencia á Roma de extranjeros protestantes; su presencia es muy conveniente al país, no solo por la utilidad que de ellos reporta, sino tambien por otro concepto: los ingleses llegan aquí con las mas extrañas ideas sobre el papa y el papado, el fanatismo del clero y la esclavitud del pueblo; pero apenas pasan los meses entre nosotros, se desvanecen sus preocupaciones. Ven que no soy mas que un obispo como otro cualquiera; que el clero romano no es ignorante ni perseguidor, y que mis vasallos no son bestias de carga.»

»Animado por la especie de efusion del corazón conque hablaba el papa, y queriendo ensanchar el círculo de la conversacion, dije al soberano pontífice:

— «¿Pensaria vuestra santidad que es llegada la hora de reconstruir la unidad católica y de reconciliar á las sectas disidentes por medio de algunas concesiones de poca entidad acerca de la disciplina? Las preocupaciones contra la Corte de Roma desaparecen en todas partes, y no hace mucho que la obra de la reunion fue intentada por Leibnitz y Bossuet.

— «Esta es una gran cosa, me ha dicho el papa; pero yo debo esperar el momento fijado por la Providencia. Convento en que las preocupaciones desaparecen; la division de las sectas en Alemania ha pro-

ducido la laxitud de estas sectas. En Sajonia, donde he residido tres años, he sido el primero que ha hecho establecer un hospicio de expósitos y que ha obtenido el que esté fuese servido por católicos. Entonces se elevó entre los protestantes un clamor general contra mí: hoy estos protestantes son los primeros que aplauden el establecimiento y lo dotan. El número de católicos se aumenta en la Gran-Bretaña; es verdad que en él se cuentan muchos extranjeros.»

«El papa guardó por un momento silencio, y yo me aproveché de él para entablar la cuestión de los católicos de Irlanda.

«Si la emancipación se verifica, he dicho, la religión católica se extenderá aun más en la Gran-Bretaña.

«Es cierto, considerada la cuestión por un lado, ha replicado su santidad; pero por otro tiene también sus inconvenientes. Los católicos irlandeses son muy ardientes y muy poco considerados. O'Connell, aunque hombre de mérito, ¿no ha llegado hasta decir en uno de sus discursos que se hallaba pendiente un concordato entre la Santa Sede y el gobierno británico? No hay nada de eso, y semejante aserción, que puedo contradecir públicamente, me ha causado mucha pena. Así, para lograr la reunión de los disidentes, es necesario que las cosas estén en punto, y que el mismo Dios acabe su obra. Los papas no pueden hacer más que esperar la manifestación de la voluntad divina.

«No era tal mi opinión, señor conde; pero si me interesaba hacer conocer al rey la del padre santo sobre un asunto tan grave, no me tocaba combatirla.

«Es la pura verdad, santísimo padre; pero ya veis lo que dice la *Gaceta de Francia*, porque su santidad lee todos los diarios franceses, sin exceptuar ni aun *El Correo*; el soberano pontífice me trata sin embargo con una bondad extremada: debo, pues, creer que la *Gaceta* no le hace mucho efecto.

«El papa se ha reído meneando la cabeza.

«Pues bien, santísimo padre; lo mismo que a vuestra santidad, sucede a otros muchos; si el diario dice la verdad, queda en pie: si no la dice, como si nada hubiese dicho. El papa debe esperar oír muchos discursos durante las sesiones del parlamento; la extrema derecha sostendrá que monseñor el cardenal Bernetti no es un sacerdote, y que sus cartas sobre la ordenanza no son artículos de fe, mientras que la extrema izquierda declarará que no había necesidad de tomar órdenes de Roma. Por su parte la mayoría aplaudirá la deferencia del consejo del rey, y alabará altamente el espíritu de sabiduría y de paz de vuestra santidad.

«Esta breve explicación ha parecido agrandar al padre santo, quien se ha manifestado contento de hallar á alguien instruido del juego de las ruedas de nuestra máquina constitucional.

«En fin, señor conde; pensando que no desagradaría al rey y á su consejo conocer el pensamiento del papa sobre la cuestión actual de Oriente, he repetido algunas noticias de los periódicos, por no estar autorizado para comunicar á la Santa Sede la noticia que me dabais en vuestro despacho del 18 de diciembre sobre el llamamiento de nuestra expedición de la Morea.

«El papa no ha vacilado para responderme, y me ha parecido alarmado de que imprudentemente se haya enseñado la disciplina militar á los turcos. Ved aquí sus propias palabras:

«Si los turcos son ya capaces de resistir á la Rusia, ¿cuál no será su poder cuando hayan obtenido una paz gloriosa? ¿Quién les impedirá que después de cuatro ó cinco años de descanso y de perfección en su nueva táctica, se lancen sobre la Italia?»

«Os lo confesaré, señor conde; al hallar estas ideas

y estas inquietudes en la cabeza del soberano que más expuesto se halla á sentir la influencia del error cometido, me he felicitado de haberlos manifestado más detalladamente en mi *Nota sobre la cuestión de Oriente* las mismas ideas y las mismas inquietudes.

«Solo una firme resolución de parte de las potencias aliadas, ha añadido el papa, puede evitar las desgracias con que amenaza el porvenir. La Francia y la Inglaterra están aun en tiempo de resolver; pero si se abre una nueva campaña, el fuego puede comunicarse á la Europa, y entonces será demasiado tarde para extinguirlo.

«Reflexión tanto más justa, he replicado yo, cuanto que si la Europa se dividiese, lo que Dios no quiera, cincuenta mil franceses que penetrasen en Italia lo pondrían todo de nuevo en cuestión.

«El papa no ha respondido; pero me ha parecido que la idea de ver á los franceses en Italia no le inspiraba ningún temor. En todas partes están cansados de la inquisición de la corte de Viena, de sus intrigas de sus usurpaciones continuas y de sus manejos para unir, en una coalición contra la Francia, á los pueblos que detestan el yugo austriaco.

«Tal es, señor conde, el resumen de mi larga conversación con Su Santidad. Yo no sé si alguna vez se han llegado á conocer más á fondo los sentimientos íntimos del papa; si en algún tiempo se ha oído á un príncipe que gobierna el mundo cristiano expresarse con tanta claridad sobre asuntos tan vastos, tan distantes del estrecho círculo de los lugares comunes diplomáticos. Entre el soberano pontífice y yo no había mediador alguno, y era fácil conocer que por su carácter candoroso, y en la cordialidad de una conversación familiar, Leon XII no disimulaba nada.

«Las simpatías del papa hacia la Francia son evidentes: cuando empuñó las llaves de San Pedro pertenencia á la facción de los *Zelanti*: hoy busca su fuerza en la moderación: esto es lo que enseña siempre el ejercicio del poder. Por esta causa no es amado de la facción cardenalicia, á quien ha abandonado. No habiendo hallado ningún hombre de talento en el clero secular, ha elegido sus principales consejeros en el clero regular; por lo que los frailes están á su favor, al paso que los prelados y los simples sacerdotes le hacen cierta oposición. Cuando llegué yo á Roma, estos se hallaban prevenidos por las mentiras de nuestra congregación; hoy son mucho más razonables y todos vituperan la conducta de nuestro clero. Es digno de notarse que los jesuitas tienen aquí tantos enemigos como en Francia: sus principales adversarios son los demás religiosos y los jefes de las órdenes. Los jesuitas habían formado un plan para apoderarse exclusivamente de la instrucción pública en Roma; pero los dominicos frustraron este plan. El papa no es muy popular, porque administra bien. Su reducido ejército se compone de antiguos soldados de Bonaparte, que tienen un aire muy militar, y vigilan muy bien las carreteras. Si Roma ha perdido bajo el aspecto pintoresco, ha ganado en limpieza y salubridad. Su Santidad hace plantar árboles y arrestar á los ermitaños postulantes y á los mendigos, lo que es un nuevo motivo de queja para el populacho. Leon XII es muy trabajador, muy frugal, y duerme poco. De las aficiones de la juventud no conserva más que una, la de la caza; que es además necesaria para su salud, que parece débil, y que ejercita en el vasto recinto de los jardines del Vaticano. Los *Zelanti* no le perdonan esta inocente distracción. Por último, se acusa al papa de debilidad y de inconstancia en sus afecciones.

«El vicio radical de la constitución política de este país es fácil de notar: son los ancianos que nombran por soberano á un anciano como ellos. Este anciano, cuando llega al poder, nombra á su vez cardenales ancianos. Girando en este círculo vicioso, el poder supremo enervado se halla siempre al borde de la

tumba. El príncipe no ocupa jamás el trono el tiempo suficiente para ejecutar los planes de mejora que puede haber concebido. Sería necesario que un papa tuviese bastante resolución para hacer de una vez una gran promoción de cardenales jóvenes, suficiente para asegurar la mayoría á la elección de un pontífice joven. Pero los reglamentos de Sisto V, que solo confieren el capelo á los que han desempeñado cargos en palacio, la fuerza de la costumbre, los intereses del pueblo, que recibe ciertas gratificaciones á cada traslación de la tiara, la ambición individual de los cardenales, que quiere reinados cortos á fin de aumentar las probabilidades de obtener el papado, y otros mil obstáculos largos de referir, se oponen al rejuvenecimiento del Sacro Colegio.

«La conclusión de este despacho, señor conde, es que en la actualidad el rey puede contar enteramente con la corte de Roma.

«Prevenido contra mi manera de ver y de sentir, si de algo tengo que reconvenirme en la relación que he tenido el honor de transmitir, es haber debilitado más bien que exagerado la expresión de las palabras de Su Santidad. Mi memoria es muy fiel: al salir del Vaticano he escrito esta conversación, y mi secretario privado no ha hecho más que copiarla palabra por palabra de la minuta extendida por mí. Trazada esta rapidísimamente por mí, apenas podía leerla yo mismo, y vos no habíerais podido entenderla (1).

«Tengo el honor de ser, etc.»

*A Mad. Recamier.*

«Roma, martes 15 de enero de 1829.

«A las ocho de la noche de ayer os escribí la carta que os entregará Mr. de Viviers, y al despertar hoy me pongo de nuevo á escribiros por el correo ordinario, que partirá al medio día. Conocéis á las pobres señoras de Saint-Denis; están muy abandonadas desde la llegada de las grandes señoras de la Trinidad-del-Monte; sin ser enemigas de estas, me he puesto de parte de Mad. de Ch... de parte del débil. Hace un mes que las señoras de Saint-Denis querían tener una fiesta para obsequiar al señor embajador y á la señora embajadora, fiesta que he tenido lugar ayer. Figúraos un teatro arreglado en una especie de sacristía, que tenía una tribuna sobre la iglesia, y por actores á una docena de niñas de once á catorce años, representando *Los Macabeos*. Ellas mismas habían hecho sus cascos y sus mantos, y declamaban los versos franceses con un tono y un acento italiano lo más extraño del mundo, golpeando el suelo con el pie en los pasos enérgicos. Entre ellas había una sobrina de Pio VII, una hija de Torwaldsen y otra del pintor Chauvin. Las niñas estaban increíblemente lindas con sus adornos de papel. La que representaba al gran sacerdote tenía una gran barba negra que la encantaba, pero que le picaba y la obligaba á arreglársela á cada instante con su blanca manecita de trece años. Todos los espectadores se reducían á nosotros, algunas madres, las religiosas, Mad. Salvaje, dos ó tres clérigos y unas veinte pensionistas vestidas de blanco con velo. Yo mandé que trajesen el refresco de la embajada. En los entreacios se tocaba el piano. Juzgad las esperanzas y las alegrías que han debido preceder á esta fiesta en el convento, y de los recuerdos que dejará. Ella terminó por el *vivat in æternum*, cantado por tres religiosas en la iglesia.»

*A la misma.*

«Roma 15 de enero de 1829.

«Otra vez os escribo. Esta noche hemos tenido

(1) Poco tiempo después de la fecha de esta carta partió para Italia á restablecerse de una enfermedad Mr. de La Ferronnais, dejando encargado interinamente á Mr. de Portalis el ministerio de Negocios Extranjeros.

viento y lluvia, como en Francia: yo me figuraba que agitaban vuestra ventana, y me creía transportado á vuestra cámara. En ella veía vuestra arpa, vuestro piano, vuestros pájaros. Vos me tocabais vuestro aire favorito ó el de Shakspeare. ¡Y sin embargo, estaba en Roma, lejos de vos! ¡Cuatrocientas leguas, y los Alpes por medio, nos separaban!

«He recibido una carta de aquella dama de talento que iba algunas veces á verme al ministerio. Juzgad de la manera con que me hace la corte esta turca rabiosa. Decididamente Mahamud es un gran hombre, que ha adelantado á su nación.

«Esta Roma, en medio de la cual me hallo, debería enseñarme á despreciar la política. Aquí han sucumbido lo mismo la libertad que la tiranía: ya he visto confundidas las ruinas de la república romana y del imperio de Tiberio. ¿Qué es hoy todo esto más que un mismo polvo? El capuchino que al pasar barre con su hábito este polvo, ¿no parece hacer más perceptible aun la vanidad de tantas vanidades? Sin embargo, yo pienso, á mi pesar, en los destinos de mi pobre patria. Yo quería darle la religión, la gloria y la libertad, sin pensar en mi impotencia para ceñirle esta triple corona.»

*A la misma.*

«Roma, jueves 15 de febrero de 1829.

«Torre Vergata es un asilo de monges, situado á una legua casi del sepulcro de Nerón, sobre la izquierda, como se viene de Roma, en el sitio más bello y más solitario de las cercanías: en este sitio hay una gran porción de minas á la flor de tierra, aunque cubiertas de yerbas y de cardos. Al dejar de escribiros el martes comencé allí una excavación en compañía de Jacinto y de Visconti, que la dirige. Una docena de hombres, armados de palas y de azadones, desenterrando sepulcros y escombros de casas y de palacios en medio de la más profunda soledad, ofrecían un espectáculo digno de vos. Yo no hacía más que un voto: el de que os halláseis allí. Yo consentiría de buena gana en vivir con vos, bajo una tienda de campaña, en medio de estas ruinas.

«Yo mismo he puesto manos á la obra, y descubierto fragmentos de mármol: los indicios son excelentes, y espero hallar algún objeto que me indemnice del dinero que he perdido en esta lotería de los muertos. Ya tengo un trozo de mármol griego bastante grande para hacer el busto del Poussino. Esta excavación va á ser el término de mis paseos; todos los días voy á sentarme en medio de estas ruinas. ¿A qué siglo y á qué hombres pertenecen? Quizá removemos el polvo más ilustre sin saberlo. Una inscripción vendrá tal vez á ilustrar algún hecho histórico, á destruir algún error, á establecer alguna verdad. Y después, cuando yo parta con mis doce aldeanos medio desnudos, todo volverá al olvido y al silencio. ¿Representan estas ruinas todas las pasiones, todos los intereses que se agitaban en otros tiempos en estos lugares abandonados? Allí había amos y esclavos, felices y desgraciados, bellas personas á quienes se amaba, y ambiciosos que querían ser ministros. Aun quedan allí algunos pájaros y yo; pero por muy poco tiempo, porque bien pronto emprenderemos nuestro vuelo. Decidme, ¿creéis que esto valga la pena de ser uno de los miembros del consejo de un reyuelo de las Galias, yo, bárbaro de la América, viajero entre los salvajes de un mundo desconocido de los romanos, y embajador cerca de los sacerdotes, á quienes se arrojaba á los leones? Cuando llamé á Leonidas en la Lacedemonia, no me respondió: el ruido de mis pasos en Torre-Vergata no habrá tampoco despertado á nadie. Y cuando á mi vez me halle yo en el sepulcro, no oiré siquiera el sonido de vuestra voz. Es necesario, pues, que me apresure á acercarme á vos y

á poner término á todas estas quimeras de la vida de los hombres. No hay en ella de bueno mas que el retiro, ni de verdad mas que un afecto como el vuestro.»

A Mad. Recamier.

«Roma 7 de febrero de 1829.

»He recibido una larga carta del general Guillemín, en la que me hace una lamentable relacion de lo que ha sufrido en sus correrías sobre las costas de la Grecia; y sin embargo, Guillemín era embajador, y tenia grandes buques y un ejército á sus órdenes. Ir, despues de la partida de nuestros soldados, á un país donde no queda ni una casa ni un campo sembrado, entre algunos hombres errantes y forzados por la miseria á hacerse salteadores, solo es un proyecto posible para una mujer, para Mad. Lenormant.

»Yo iré hoy por la mañana á una excavacion: ayer hemos hallado en ella el esqueleto de un soldado godo y el brazo de una estatua de mujer. Esto era encontrar al destructor con la ruina que habia causado: asi es que tenemos una gran esperanza de hallar hoy el cuerpo de la estatua. Si los restos de arquitectura que descubro tienen algun mérito, no los derribaré para venderlos en trozos, como se hace comunmente, sino que los dejaré en pie, y llevarán mi nombre. Son del tiempo de Domiciano. Hemos hallado una inscripcion que nos lo indica. Es la mejor época de las artes romanas.

DESPACHO AL CONDE DE PORTALIS.

Muerte de Leon XII.

«Roma, lunes 9 de febrero de 1829.

»Señor conde: Su Santidad ha sido atacado súbitamente del mal habitual que padece, y su vida se halla en el mayor peligro. Se acaba de dar orden de cerrar todos los espectáculos. En este momento salgo de casa del cardenal secretario de Estado, que tambien se halla enfermo, y que desespera de la vida del papa. La pérdida de este soberano pontífice, tan sabio y tan moderado, sería en tales momentos una verdadera desgracia para la cristiandad, y particularmente para la Francia. He creído, señor conde, que interesaría mucho al gobierno del rey estar advertido de este acontecimiento probable, á fin de que pueda tomar las medidas que juzgue necesarias. En su consecuencia, he despachado para Lion un correo á la ligera. Este correo lleva una carta, que escribo á Mr. el prefecto del Ródano, con un despacho telegráfico que os transmitirá, y otra carta que le ruego os envíe por la estafeta. Si tenemos la desgracia de perder á Su Santidad, un nuevo correo os llevará hasta Paris todos los detalles de este acontecimiento.

»Tengo el honor, etc.»

«A las ocho de la noche.

»La congregacion de cardenales, ya reunida, ha prohibido al cardenal secretario de Estado dar licencias para correr la posta. El correo que habia dispuesto enviaros no podrá, pues, salir hasta despues de la partida del correo del Sacro Colegio, en el caso de que se verifique la muerte del papa. He intentado enviar un hombre con mis despachos á la frontera de la Toscana; pero el mal estado de los caminos y la falta de caballos de alquiler han hecho impracticable este intento. Forzado á esperar en Roma, que se ha convertido en una especie de prision murada, confío en que, por medio del telégrafo, os llegará al menos la noticia antes que sea conocida de los demás gobier-

nos del otro lado de los Alpes. Tambien podría suceder que el correo enviado al nuncio, y que probablemente habrá partido antes que el mio, os diese él mismo la noticia por el telégrafo, á su paso por Lion.»

«Martes 10 de febrero á las nueve de la mañana.

»El papa acaba de espirar. En este momento despacho el correo. Dentro de algunas horas le seguirá el conde de Montebello, agregado á esta embajada.»

DESPACHO AL CONDE DE PORTALIS.

»Señor conde: Hace cerca de dos horas que he despachado á Lion un correo extraordinario á la ligera que os transmitirá la imprevista y deplorable noticia de la muerte de Su Santidad. Ahora hago partir al conde de Montebello, agregado á esta embajada, para llevaros algunos detalles necesarios.

»El papa ha muerto de resultas de un ataque de la afeccion hemorroidal que padecía. La sangre, agolpada á la vejiga, ocasionó una retencion que se intentó aliviar por medio de la sonda. Se cree que Su Santidad ha sido herido en esta operacion. Como quiera que sea, despues de cuatro dias de sufrimientos, Leon XII ha espirado esta mañana á las nueve, al llegar yo al Vaticano, donde un agente de la embajada habia pasado la noche. La carta que os he dirigido por mi primer correo os informará, señor conde, de la inutilidad de mis esfuerzos para obtener licencias de posta antes de la muerte del papa.

»Ayer volví á casa del cardenal secretario de Estado, que sufre aun mucho de un violento ataque de gota, y tuve con él una larga conferencia sobre las consecuencias de la desgracia de que nos hallábamos amenazados. Yo deploro la pérdida de un príncipe, cuya moderacion de sentimientos, y cuyo conocimiento de la situacion de la Europa, eran tan útiles al reposo de la cristiandad.—«Esta pérdida, me respondió el secretario de Estado, será, no solo una gran desgracia para la Francia, sino tambien una desgracia para los Estados Romanos, mayor de lo que os figurais. El descontento y la miseria son grandes en nuestras provincias, y por poco que los cardenales crean de su deber separarse del sistema de Leon XII, difícilmente saldrán adelante. Por lo que á mí hace, mis funciones cesan con la muerte del papa, y no tengo nada de qué arrepentirme.»

»Esta mañana he vuelto á ver al cardenal Bernetti, quien en efecto ha cesado en sus funciones de secretario de Estado, y me ha hablado en el mismo sentido que el dia antes. Hemos convenido en hablar sobre la eleccion de un soberano pontífice que pudiese continuar el sistema de moderacion de Leon XII. Tendré el honor de transmitirlos todos los informes que reciba.

»Es probable que la muerte del papa y la caida del cardenal Bernetti reanimen á los enemigos de las ordenanzas. Sin duda que proclamarán este desgraciado acontecimiento como un castigo del cielo. Ya es fácil en Roma leer este pensamiento en algunos rostros franceses.

»Yo debo sentir doblemente la muerte del papa. Habia tenido la suerte de merecer su confianza: las prevenciones que contra mí se le inspiraban antes de mi llegada se habian desvanecido completamente en su ánimo, y me dispensaba el honor en todas ocasiones de manifestarme públicamente su estimacion.

»Ahora, señor conde, permitidme entrar en la explicacion de algunos hechos.

»Yo era ministro de Negocios Extranjeros cuando murió Pio VII. En el archivo reservado del ministerio hallareis mi correspondencia con el duque de

Laval, si juzgais conveniente enteraros de ella. A la muerte de un papa es costumbre enviar un embajador extraordinario, ó acreditar al embajador residente con nuevas credenciales cerca del Sagrado Colegio. Este último partido fue el que yo propuse seguir al difunto Luis XVIII. El rey, sin embargo, dispondrá lo que crea mas conveniente á su servicio. Para la eleccion de Leon XII vinieron á Roma cuatro cardenales franceses. La Francia tiene hoy cinco cardenales, número de votos que no es de desdenar ciertamente en el cónclave. Espero, señor conde, las órdenes del rey: Mr. de Montebello, encargado de entregaros este despacho, quedará á vuestra disposicion.

»Tengo el honor etc.»

A Mad. Recamier.

«Roma 10 de febrero de 1829, á las once de la noche.

»Quería escribiros una larga carta; pero el despacho que me he visto obligado á escribir de mi puño y la fatiga de estos dias me tienen rendido.

»Siento mucho la muerte del papa. Yo habia logrado obtener su confianza. Vedme aquí encargado de una grande mision. Me es imposible saber cuál será su resultado, y la influencia que ella ejercerá en mi suerte.

»Los cónclaves duran por lo regular dos meses, y hasta Pascua probablemente no quedará libre. Muy pronto os hablaré extensamente de todo esto.

»Imaginaos que el jueves último, antes de caer enfermo, se halló al pobre papa escribiendo su epitafio. Se intentó apartarle de tan tristes ideas.—«Es en vano, dijo, dentro de pocos dias todo habrá acabado para mí.»

A Mad. Recamier.

«Roma, jueves 12 de febrero de 1829.

»Leo vuestros periódicos, que con frecuencia me causan mucha pena. Veo en *El Globo* que el conde de Portalis es, segun este diario, mi enemigo declarado. ¿Por qué? ¿Piensa acaso que aspiro á su plaza? Se toma una pena inútil, porque ni siquiera pienso en él. Le deseo toda la prosperidad posible; pero, no obstante, si es verdad que desea la guerra, me hallará dispuesto á ella. Me parece que no hace mas que dispartarse, sobre todo sobre el *immortal Mahamud* y sobre la evacuacion de la Morea.

»Todas las probabilidades son de que esta evacuacion constituirá de nuevo á la Grecia bajo el yugo de los turcos, con pérdida por nuestra parte del honor y de cincuenta millones. Hay mucha imaginacion en Francia, pero falta cabeza y buen sentido: unas cuantas frases nos seducen, y con buenas palabras se hace de nosotros lo que se quiere y lo que es peor, se nos halla siempre dispuestos á denigrar á nuestros amigos y á ensalzar á nuestros contrarios. Por lo demás ¿no es curioso que se haga hablar al rey en un discurso mi propio lenguaje sobre la conciliacion de las libertades públicas con los derechos del trono, y se me hayan hecho tantos cargos por haber usado ese lenguaje? ¡Y los hombres que hacen hablar á la corona de esta suerte eran los mas ardientes partidarios de la censura! Por último, voy á presenciar la eleccion del jefe de la cristiandad. Este espectáculo será el último de los grandes espectáculos á que he asistido durante mi vida (1): con él terminará mi carrera.

»Ahora que han acabado los placeres de Roma, comienzan los negocios. Voy á verme obligado, por un lado á escribir al rey todo lo que pase, por otro á llenar los deberes de mi nueva posicion. Tengo que cumplimentar al Sagrado Colegio y que asistir á los funerales del padre santo, á quien yo profesaba un gran

(1) Me engañaba.—Nota de 1857.

afecto, porque era poco amado; un afecto tanto mas grande, cuanto que habiendo temido hallar en él un enemigo, he hallado un amigo que, desde lo alto de la silla de San Pedro ha dado un mentís formal á mis calumniadores cristianos. Despues vendrán los cardenales de Francia. He escrito haciendo algunas reclamaciones, al menos sobre el arzobispo de Tolosa.

»En medio de todo, el monumento del Poussino se ejecuta, y la excavacion adelanta: he hallado en ella muy bellas cabezas, restos de una mujer vestida y una inscripcion fúnebre de un hermano á una hermana, que me ha enternecido.

»A propósito de inscripcion: os he dicho que el pobre papa habia hecho la suya la vispera del dia en que cayó enfermo, presintiendo que iba á morir muy pronto. Ha dejado un asiento, en que recomienda al gobierno romano á su familia indigente. Solo los que han amado mucho tienen semejantes virtudes.»

CONTINUACION DE LA EMBAJADA EN ROMA.

Antes de pasar á las cosas importantes, recordaré algunos hechos.

A la muerte del soberano pontífice, el gobierno de los Estados Romanos recae en manos de los tres gefes de la órden, diácono, sacerdote y obispo, y en las del cardenal camerlengo. Es costumbre que los embajadores vayan á cumplimentar á la congregacion de cardenales, reunidos antes de la apertura del cónclave en San Pedro.

El cuerpo de Su Santidad, expuesto desde luego en la capilla Sistina, fue llevado al viernes último, 13 de febrero, á la capilla del Santísimo Sacramento en San Pedro, donde ha permanecido hasta el domingo 15. Entonces ha sido colocado en el monumento que ocupaban las cenizas de Pio VII, y se han bajado estas á la bóveda subterránea.

A Mad. Recamier.

«Roma 17 de febrero de 1829.

»He visto expuesto el cuerpo de Leon XII, con el rostro descubierto, sobre un lecho mortuario, en medio de las obras maestras de Miguel Angel. He asistido á la primera ceremonia fúnebre en la iglesia de San Pedro. Algunos comisarios cardenales ancianos, imposibilitados de ver, se aseguraron con sus dedos trémulos de que el féretro del papa se hallaba bien clavado. Entre la luz de cirios y la luz de la luna, el féretro ha sido al fin elevado por una polea y suspendido en las sombras para ser depositado en el sarcófago de Pio VII.

»Acaban de traerme el gatito del pobre papa: es enteramente gris y muy cariñoso, como su antiguo amo.»

DESPACHO AL CONDE DE PORTALIS.

«Roma 17 de febrero de 1829.

»Señor conde: He tenido el honor de participaros en mi primera carta, dirigida á Lion con un despacho telegráfico, y en mi comunicacion núm. 15, las dificultades que he hallado para la expedicion de mis dos correos del 10 de este mes. Estas gentes se creen aun en los tiempos de los Gúelfos y de los Gibelinos, como si el conocimiento una hora antes ó despues de la muerte del papa pudiese hacer entrar un ejército imperial en Italia.

»Las exequias del padre santo terminarán el domingo 22 y el 23 por la noche se abrirá el cónclave, despues de haber asistido por la mañana los cardenales á la misa del Espíritu-Santo. Ya se están amueblando las celdas del Quirinal.

»No os hablaré, señor conde, de las miras de la corte de Austria, ni de los deseos de los gabinetes de